

EWALD ARENZ

EL  AROMA DEL
CHOCOLATE

bovéda

Título original: *Der Duft von Schokolade*

Primera edición: 2017

© 2007 Ars Vivendi Verlag
© traducción: Juan Pablo Larreta, 2017
© de esta edición: Bóveda, 2017
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-16691-58-6
Depósito legal: SE. 1163-2017
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

I

1.....	11
2.....	19
3.....	28
4.....	41
5.....	50
6.....	64
7.....	72
8.....	81
9.....	93
10.....	98
11.....	113
12.....	127
13.....	133
14.....	137
15.....	150
16.....	168

II

1.....	175
2.....	179
3.....	190
4.....	201
5.....	208
6.....	215
7.....	225
8.....	235
9.....	241
10.....	253
11.....	269
12.....	277
13.....	293
14.....	305
15.....	324

I

EN LA PRIMAVERA DE 1881, TRAS SERVIR DURANTE casi diez años en el ejército del Imperio austro-húngaro, el teniente August Liebeskind se licenció. Era un día lluvioso, pero el cielo estaba límpido y, mientras el teniente cruzaba el patio del cuartel, el aroma a hierba y sol se extendía ya, prometedor, como un hálito difuminado por el aire fresco y gris. Oficialmente había dejado ya de ser un soldado, pero saludó a la guardia tal y como solía. Después salió a la avenida de Mariahilfer Straße, se detuvo y sonrió.

Eso era todo. Podía detenerse o continuar andando a su gusto. Ya no había servicio ni órdenes. Era libre.

¿Había cambiado el aroma del aire? Hizo una inspiración profunda y pensó que realmente olía de otro modo. Olía a libertad. Un olor claro. Se echó la gorra un poco hacia atrás y comenzó a sentirse raro en el uniforme, tal y como se había sentido la primera vez que se lo había puesto.

Lo cierto es que no le había desagradado ser militar, pero en realidad había sido un teniente de mentirijilla, pensó sobre sí mismo divertido, mientras volvía a saludar por última vez, esta vez a una pequeña tropa que salía del cuartel y pasaba junto a él para, después, girar a la derecha. Nunca había sido un soldado de verdad. Un pensador, habían dicho algunos de sus camaradas socarronamente, un soñador; y, sin embargo, siempre había sentido que aquella descripción no era certera. Él no era ni excéntrico ni soñador. Era diferente. Sabía ordenar, pero raramente lo había hecho. A veces incluso podía ser sorpresivamente arrojado, pero jamás temerario como sus camaradas. En todos aquellos años, no se había convertido en un auténtico soldado.

Algunas cosas le habían gustado. Por ejemplo, las maniobras en otoño, cuando el cielo sobre los campos estaba alto y azul y en el monte olía a humo de hojas de patata y a castañas; y las heladas mañanas de invierno, en las que el aliento de caballos y jinetes se escapaba en bocanadas de vapor, la hierba congelada crujía bajo las pezuñas y el sol salía con un rojo intenso desconocido para el verano. También el cuartel, y las horas en que se daba estrategia. Le gustaba aquel juego de posibilidades, cómo cada cosa derivaba de otra y cómo todo se podía calcular. La estrategia era algo claro y exacto, aunque no dejaba de ser un juego. August Liebeskind se alegraba de que en todos aquellos años no hubiera estallado ninguna gran guerra, aunque jamás habría dicho algo así a sus camaradas. No había sentido anhelo por aquella aventura, pues tenía demasiada fantasía y esta, involuntariamente, le ha-



cía imaginar qué se sentía al ser alcanzado por una bala o cómo la bayoneta penetraba en la carne. Vamos, que había sido un teniente de mentirijilla.

En realidad, aquellos diez años de servicio no habían sido sino una continuación del colegio, con reglas grandes y pequeñas, con cosas agradables y cosas desagradables y, de trasfondo, siempre un hálito de bienestar que surgía de la costumbre. En definitiva, una etapa que había que vivir.

Pero ahora, y de ello se daba cuenta con una cierta sorpresa, ahora era libre por completo por primera vez desde su niñez. Ante sí tenía un verano largo y vacío. Sin obligaciones y sin ataduras. Era su propio señor. Libre. Mientras se adentraba en la ciudad a través de aquella mañana gris, le inundaba la felicidad del colegial y, a cada paso que daba, casi se echaba a reír, sin más, liviano como iba, pues era bello tener todo tras de sí y nada por delante.

Había comenzado a llover, pero no importaba. Cuando llovía, los olores se volvían más intensos, y August amaba los olores. Cuando cerraba los ojos, podía incluso verlos. Cada aroma tenía un color para el que no existía la palabra precisa. También lo tenía el olor de la lluvia de primavera, algo así como un verde lima pálido distendidamente alegre. Damas y caballeros a su alrededor apresuraban el paso, y era un placer poder pasear atravesando la lluvia despreocupado, relajado y feliz. Hoy no podía mojarse. Los demás, tal vez, pero él, no. Después de pasar junto a la residencia imperial de Hofburg, se detuvo un instante para decidir hacia dónde dirigirse. En ese momento vio los escaparates de la confitería Demel, cruzó la

calle y entró. Le gustaba entrar en los cafés, pues le encantaban los olores que había en ellos. Amaba los olores de fuera, y amaba también los aromas de Demel, velos que flotaban en el aire girando sosegadamente sobre sí, conformando de ese modo la atmósfera del local. El primero que, a modo de saludo, salió a su encuentro aún en la puerta, el más poderoso, fue el aroma del café tostado recién hecho; después, el humo de los cigarrillos, el único olor que también podía verse. Luego, delicadamente, uno tras otro, inconfundibles, todos los pequeños olores. Uno amargo, de chocolate rallado. Otro dulce y fundido, con un suspiro de vainilla, procedente de los chocolates que las damas bebían en días fríos como aquel. Y luego el tragacanto, el olor sencillo y dulce que se desprendía siempre de las figuritas de azúcar. Y la miel: por todas partes, de nuevo colores, colores y los distintos olores de la miel: dulce-rosáceos en la delicia turca; a flores dulces en el *halva*, la pasta dulce de sémola; a bosque oscuro en las delicias de monja, las *Nonnenkrapferln*; y finamente transparentes en las pastas de flor de acacia. Maravilloso y peligrosamente bello era el olor a almendras amargas del lomo de corzo, aquella tarta larga y recubierta de brillante chocolate. Un olor había que August no supo reconocer de inmediato. Durante unos instantes se quedó de pie, quieto y mirando a su alrededor, hasta que logró descubrir de dónde procedía. Sí, allí estaba el olor débil pero inconfundible de la leche tibia antes de ser vertida en el café. Todos se mezclaban formando el aroma de la libertad, pues, cuando uno entraba en un café, entraba y estaba allí porque se había liberado. Todo lo demás quedaba fuera. August se sentó junto a una ventana y



pidió un café fuerte, que bebió mezclado con nata fría. Sobre la mesa tenía un periódico, pero no lo tocó, y se puso a mirar por la ventana. Era feliz y, como sabía que la felicidad nunca duraba demasiado, se movía con mucha precaución, para no ahuyentarla antes de tiempo.

Fuera, alguna gente se arremolinó delante de su ventana. August se puso a mirar con curiosidad. Todos le daban la espalda y miraban hacia la calle. Por entre unos y otros logró ver cómo repentinamente aparecía una gran rueda, pasaba junto a ellos, aminoraba el paso y terminaba por desaparecer. Un biciclo. August sonrió. Hasta ahora solo había visto algunas imágenes de esos aparatos. Contradiendo a su curiosidad, había decidido quedarse allí sentado, cuando, de repente, la puerta se abrió y August vio el biciclo apoyado en la pared. Una joven con un gran sombrero entró en Demel sin hacer caso del pequeño revuelo que había provocado entre los transeúntes que, delante del café, aún seguían mirando boquiabiertos el biciclo y a su conductora. August observó cómo, sin pedir mesa al camarero, la chica se sentaba. Sus camaradas se habían burlado a veces de él por frecuentar Demel. ¡Un café al que acudían mujeres, eso es cosa de nuestro chaval!, habían dicho sonriendo maliciosos.

August contempló a la joven y a los demás clientes, que la habían seguido con la mirada, excepto el señor que solo levantaba la vista de su periódico cada hora para pedir puntualmente otro café. El antiguo soldado se debatía entre la irritación que sentía ante la actitud soberbia con que aquella mujer había entrado y la admiración que había despertado en él su valor.

—Un café con coñac, por favor —pidió finalmente.

¡Qué arrogancia! Aquella no era una bebida para antes del mediodía. Ahora sí que se enfadó August. Con la ciclista y con él mismo. Su felicidad de hacía unos instantes había desaparecido, se había dejado arrastrar al mundo por su curiosidad y por aquella mujer. Y, como su arrogancia lo enervaba, dijo como quien no quiere la cosa y casi sin dirigirse a ella:

—Tenía entendido que en Viena está prohibido circular en biciclo.

Ella levantó la vista y lo miró fríamente, pero ni siquiera enarcó las cejas. De pronto, August se sintió idiota. Sin embargo, a un tiempo llegó hasta él el aroma de aquella mujer, un aroma como de especias desconocidas, plenas y coloridas; pero bajo aquel perfume se escondía algo bello y amargo, como heno ardiendo. Aunque su portadora le pareciera insoportable, aquel olor le gustó enseguida.

—¿Será porque los vieneses se caen demasiadas veces cuando lo intentan, señor teniente? —preguntó ella con voz alta y clara logrando que un par de cabezas se giraran para mirarlos a ambos.

Ella le mantuvo la mirada. A August, que por lo general era de respuesta rápida, no se le ocurría qué decir.

—Usted no es de Viena, ¿verdad? —preguntó.

Sin embargo, aquella respuesta, que debía parecer aguda, se quedó en un sonido obtuso.

—No —respondió la joven, quien, manteniendo todavía la mirada, añadió buscando premeditadamente causar impacto—: por suerte, no.

En una de las mesas se oyeron unos tibios refunfuños. August no sabía qué responder, aunque le hubiera gustado tapar la boca a aquella mujer de algún modo. Sin embargo, no se le ocurría nada, imposible. Ambos siguieron mirándose hasta que, casi a un tiempo, giraron la cabeza. August abrió el periódico y ella se bebió su café con coñac. En las demás mesas se reanudaron las conversaciones, la máquina de café volvió a dejar escapar su zumbido y de la cocina llegó el sonido amortiguado del pinche montando la nata.

—¡La cuenta! —gritó August pasados diez minutos, cuando ya no sonaba a derrota o retirada.

Pagó y salió pasando junto a la mesa de ella sin que ninguno de los dos volviera a mirarse. Una vez fuera, vio el biciclo, aún apoyado en la pared, y se preguntó involuntariamente cómo podía aquella mujer subirse a él sin ayuda. Una arrogancia que quitaba el aliento, pensó, pero a continuación no pudo sino reírse de sí mismo y miró hacia el cielo. Había dejado de llover y nubes blancas cruzaban un cielo cada vez más azul. No merecía la pena irritarse. El buen humor de August regresó, tal vez algo más pensativo, pero allí estaba de nuevo, y al teniente le entraron ganas de pasear, de hacer andando todo el camino a casa sin coger un coche de punto.

Por la tarde, junto a la ventana, mientras contemplaba la fría pero serena noche, llegó hasta él el humo de las chimeneas y, de golpe, allí estaba de nuevo el aroma de la ciclista, pleno y colorido, bello y amargo, olor a heno ardiendo. Aguardó un rato, respirando con los ojos entrecerrados, pero los colores dispersos de aquel aroma (co-

lores como los que se mantienen en el horizonte tras la puesta del sol) no se ensamblaban para formar una imagen. August se encogió de hombros, se acostó y durmió profundamente hasta la llegada de una luminosa mañana de primavera.

